

En definitiva, nos encontramos sin duda frente a una propuesta antropológica seria, por sus minuciosos análisis y por las interesantes aportaciones personales al estudio de la afectividad. Es evidente que este libro no pretende ser la última palabra sobre el tema, pero sí puede constituir la primera lectura para el que quiera adentrarse de modo riguroso en la afectividad humana desde una perspectiva antropológica.

José Ángel García-Cuadrado

**Margarita MAURI**, *El conocimiento moral*, Rialp («Vértice»), Madrid 2005, 153 pp., 14 x 20, ISBN 84-321-3545-3.

La presente obra trata de poner sobre el tapete, un problema fundamental de la filosofía moral: la cuestión del origen y modo del conocimiento moral. Tal asunto ha sido, desde luego, tratado por todos los pensadores éticos serios, con tanto mayor empeño como tomado con ligereza por la literatura ética superficial. Bien podría ello constituir, por cierto, una señal del rigor y profundidad de un discurso moral. Como muestra bien la autora, además, el conocimiento moral se revela como una pieza teórica fundamental de todo edificio filosófico ético, por cuanto descubre aspectos fundamentales de la ontología que el respectivo filósofo concibe.

El estudio se inicia con una introducción, en la que se pone de relieve con acierto la importancia del tema en cuestión. A continuación se exponen diversas concepciones del conocimiento moral agrupadas en tres conjuntos: las que lo fundan en el sentimiento (la escuela escocesa del sentido moral y Hume), en la intuición (la fenomenología de Brentano y Scheler) y en la *syndéresis* (Aristóteles y Sto. Tomás). La exposición de estas doctrinas resulta clara

y de gran utilidad. Nos parece especialmente acertado distinguir la concepción fenomenológica del sentimentalismo anglosajón, pero no cabe olvidar la corriente intuicionista que también en ese ámbito se ha dado (de la mano de W.D. Ross). Por otra parte, se echa de menos un apartado dedicado al conocimiento moral según Kant, de indudable seriedad e influjo. Quizá su exposición, aparte del interés que de suyo posee, hubiera contribuido, por contraste, a una mejor inteligencia del conocimiento moral fenomenológico.

Finalmente, a modo de conclusión, la autora acomete la difícil tarea de valorar comparadamente los intentos de explicación antes descritos. El fruto de ese esfuerzo resulta un interesante y sugerente estímulo para adentrarse en el problema discutido, así como en el seno mismo de las doctrinas ponderadas. Las conclusiones presentadas reflejan la claridad y el conocimiento que posee la autora, pero a nadie se le oculta que, por tratarse de sistemas filosóficos globales tan dispares los que se comparan, difícilmente parecerá exacto a todo lector el balance conclusivo. De modo inevitable, como es sabido, en toda comparación un pequeño matiz de contraste puede dar un aire peculiar a todo el cuadro. En concreto y en nuestra opinión, la crítica de la postura fenomenológica en favor del llamado realismo (de la doctrina de la *syndéresis*), sin ser desacertada, deja en la sombra a la denominada «fenomenología realista» y a lo mejor que el entero intuicionismo del valor ha aportado a la historia de la filosofía moral. En ocasiones nos da la impresión de que en el cotejo de ambas doctrinas se han resaltado más las diferencias que los puntos en común. Sin embargo, sería injusto achacar esta limitación al presente trabajo, pues se debe mayormente, pensa-

mos, a la falta de una terminología comúnmente aceptada y compartida en este terreno.

En definitiva, es de agradecer la aparición de este pequeño libro, original en su planteamiento y contenido, y a la vez enormemente inspirador para profundizar con rigor en uno de los problemas centrales de la ética. Un problema filosófico del que aún resta mucho por dilucidar a los estudiosos de la ética.

Sergio Sánchez-Migallón

**Pedro PARICIO AUCEJO**, *La pasión de vivir*, San Esteban («Ariadna», 5), Salamanca 2005, 115 pp., 14 x 22, ISBN 84-8260-161-X.

En esta breve obra el autor nos conduce desde la vida que recibimos hasta la vida que de verdad y en el fondo queremos vivir. Pero no es un recorrido fácil ni breve, exige todo el aliento de nuestro carácter y la fuerza de toda nuestra vitalidad y, finalmente, la ayuda sobrenatural de Dios por Jesucristo.

El autor comienza con una fenomenología de la vida que apunta a subrayar los elementos fundamentales y las características decisivas de la misma: integridad, movimiento, regalo e inmediata evidencia o transparencia. Pero la vida siempre es algo más, tiene que ver con la totalidad de la realidad y está impulsada interiormente desde el sentido de su propio discurrir. «Se aprecia la presencia de este sentido cuando da sabor a la existencia sin notarse. Extraño, misterioso, atractivo sentido, cuya sola presencia hace que las cosas sean lo que son, que alcancen su autenticidad y, al mismo tiempo —en este alcanzar su autenticidad—, alcancen también la autenticidad» (p. 23). «Por ello, nuestro

ser no puede detener su perpetuo anhelo de «seguir adelante», su ansia de una segura realidad mejor, su inagotable tendencia de ir hacia un «más allá» (pp. 24-25). Por eso es siempre un «continuo volver a empezar», una conquista, un quehacer, una tarea, una acción. «Vivir es esforzarse» (p. 30), pero se trata de un esfuerzo que es «también satisfactorio» (p. 31). Por eso el dolor, el fracaso y el sufrimiento son imprescindibles para crecer y alcanzar nuevas posibilidades. «El dolor es una amarga pero necesaria escuela de madurez vital (...) porque estamos movidos por el amor» (p. 39). De este modo se expresa la clave de la dialéctica existencial humana y se avista la fuerza misma de la persona. El amor y la libertad van de la mano: «no se es realmente otro ser desvinculado de aquel al que se ama, ni se está tampoco bajo su dominio (...) Es su dependencia la misma condición de su libertad» (pp. 42-43). Por eso, «amar es vivir de veras» (p. 48). Y de ese modo comparecen los encuentros que encauzan la vida y le dan la textura justa: abren la intimidad de cada persona. Y desde la intimidad la vida se convierte en un arte, en el arte por excelencia.

El arte de vivir depende radicalmente del poder de la propia vida. Y así nos encontramos en el decisivo capítulo 9. La vida que crece armoniosamente a través del amor ha de ser sostenida por la esperanza porque su destino es la misma inmortalidad. «¿Cómo conformarnos con la fugacidad de lo efímero cuando, instante a instante, nos acucia un ansia de permanencia?» (p. 75). «Es, pues, la esperanza apertura a la plenitud de ser (...) tenemos de realidad lo que tenemos de esperanza» (p. 77). Así llegamos a ser «peregrinos de eternidades» (p. 81) en las que se encierran todos nuestros querer. Este capítulo termina con una cita de la *Redemptor hominis* de